

El manantial de Espenuca

CARLOS PENELAS*

Musitando apenas, sobre la hierba de los espejismos y de la magia, percibí que la llovizna aventaba los últimos días del otoño. Todo vuelve. Construyó sobre la lumbre del mar y la campiña el reino de mis padres. Aquí habitan las almas suspendidas, el rostro sereno de pastores antiguos. Pronuncian oraciones solitarios, interrogan las raíces, los mensajes del cielo.

Soy el príncipe de Espenuca, el poeta que nació en el destierro, protegido por la inocencia de la lágrima, por el regazo tibio de la madre. He recorrido el camino de leyendas, de lejanas migraciones. He descifrado el sueño generoso que los dioses celtas me otorgaron. En moradas y piedras fui penetrando con la noche. Transparencia que nutre afecto y memoria. Transité ese sendero, toqué la casa de los lares, lloré en el bosque de rodillas frente a una iglesia abandonada. Y vi el camposanto sin los muertos del exilio. Sin la ceniza que la divinidad puso en la vegetación o en las barcas de la alegría y el dolor. Así sellamos el silencio, la resignación, el alma que nos devuelve la total evidencia.

Con la congoja de una señal profética mi hermana regresó. Una mujer le preguntó: "¿Qué buscas?" "Soy de la misma sangre de un niño que se extravió, que vio la sombra de su padre en el mirador. Busco la casa de aquellos labradores". "Ven, respondió la anciana. Desde que llegó aquel poeta todo ha cambiado. Vienen gentes de otras tierras a preguntar sobre la nostalgia y el amor. Debes beber de ese agua, de ese manantial. Allí bebió tu hermano y refrescó su frente. Desde ese día todos lo hacen".

La evocación es una divinidad que calla y florece.

Buenos Aires, otoño de 1996

*Carlos Penelas ha escrito 28 libros de poemas, algunos de los cuales figuran en antologías. Aunque argentino de nacimiento y residencia, sus padres proceden de Espenuca, muy cerca de Betanzos, adonde llegó no hace mucho en busca de sus raíces.